



Guadalajara, febrero 1.º de 1898.—  
Sr. Diputado Don Jesús E. Valenzuela,  
México.

Muy señor mío de mi distinguida  
consideración:

**L**A carta que á propósito de la  
cuestión del modernismo en Mé-  
xico se sirvió usted dirigir al se-  
ñor Don José Juan Tablada, me  
ha producido positivo y sincero regocijo.

Cuando una persona del valer de us-  
ted, de su importancia y de sus luces se  
decide á manifestar su parecer en un asun-  
to como el que se debate, es de seguro á  
causa de que lejos de reputar el tópico á  
discusión, baladí ó de poca monta, lo juz-  
ga, al contrario, digno de llamar la aten-  
ción y de preocupar á la inteligencia de  
un país y un tiempo determinados. Esto  
bastaría á absolverme, fueran cuales fue-  
sen mis errores, de haber iniciado la dis-  
puta pendiente; pero hay además otra ra-  
zón que me induce á alegrarme de la par-  
ticipación de usted en esta amistosa con-  
tienda: usted, lejos de motejarme del ruin,  
del necio, del asno y del mentecato como  
ha hecho alguno que en vez de saluda-  
bles

bles enseñanzas ha expendido insulsas bufonías é infames vituperios, ha dado á conocer que se puede abominar de una teoría y ser bien criado y amable con los que la profesan.

Usted, á fuer de gracioso y bien entendido que es, poseyendo como posee grande elocuencia, y lo que es mejor, caudal muy sano de buenos estudios, se da á probar, fiado en su ingenio, una tesis verdaderamente peregrina y extraordinaria: que los llamados modernistas mexicanos descienden directamente, por el espíritu, de la evolución positivista que Barreda implantó con tan rara clarividencia y con talento tan grande llevó á cabo.

Dice usted á la letra:

“Pero había en la misma escuela otra fuente, que si bien encaminada al estudio de las ciencias y de la filosofía positiva, iba, sin sentirlo, á desarraigar supersticiones ó creencias; determinando en las almas jóvenes un estado de conciencia poética con la revelación de los fenómenos naturales y las generalizaciones de maestros como Comte, Stuart Mill y Bain, viniendo á dar franca salida á las divagaciones imaginativas, Herbert Spencer con su célebre postulado universal. Desde el momento en que cabe reconciliación en el conflicto entre la Ciencia y la Religión, cada quien sin escrúpulos hace su religión propia, y las cabezas jóvenes confunden muy fácilmente la religión positiva con el

sen-

sentimiento religioso, y como la Religión y su madre la muerte, han sido y seguirán siendo causa y origen muy principales de la poesía lírica, se revolvía en aquellas aulas preparatorias algo que no llegó á tomar forma, es cierto, pero que sin duda existía en estado de nebulosa. La difusión de las ideas positivistas hecha más tarde por los discípulos de Barreda, la lectura de materialistas, pesimistas (Büchner, Schopenhauer) y otros desconsoladores, y la de los poetas franceses Baudelaire, Verlaine, Mallarmé, en una atmósfera saturada no solo por la duda y el desencanto, sino por el desprestigio de nuestras inocentes creencias seculares entre el pueblo mismo, fijaron definitivamente la dirección de la poética; y en el año de 90, Balbino Dávalos y tú, rompieron por la senda en que cree van perdidos el Sr. Salado Alvarez.”

¡Cómo ¿caso descienden de Barreda esos “blagueurs” que á semejanza del nunca bien ponderado Des Esseintes que describió Joris Karl Huysmans en “Aurebours,” queriendo ser raros y excéntricos se hacen cursis y rebuscados—algo entre Mr. Cardinal y el grande hombre Delobelle?

No, esos que serían capaces de hacer cantar á daifas ventrílocuas los diálogos de “La Tentación de San Antonio”, de encomendarse devotamente á Edgardo Poe, como dicen lo hacía Baudelaire, de for-

formar sinfonías de sabores y de perfumes, de poseer viveros con peces artificiales, de idear celdas de cartujo "pour-rire" y de dar cenas negras con manteles negros en aposentos colgados de negro con manjares y vinos negros; (algo semejante al negro caballero de Góngora)—esos no tienen ni pueden tener prosapia tan ilustre, no pueden venir de pensador tan insigne.

La evolución positivista ha tenido y tiene representantes en el terreno literario, ya que siendo un método para investigar y no un canon para creer, se adapta á maravilla á todo cuanto signifique desarrollo del humano espíritu; pero esos representantes se llaman en sociología, Justo Sierra, Porfirio Parra y Manuel Flores; en poesía, Luis G. Urbina y en novela, Angel de Campo. Si los jóvenes que traen la mala nueva modernista fueran los renuevos del árbol que Don Gabino cultivó con tanto esmero, tendríamos que confesar que la destrucción de la obra del Maestro había sobrevenido más violentamente que la del imperio de Clodoveo, quien después de haber esgrimido la framea victoriosa, dejó descendientes lánguidos y afeeminados que no recordaban su noble origen sino por los luengos cabellos y la florida barba.

La poesía,—quién lo duda—posee nuevos ideales, busca algo desconocido, pero no de acuerdo con la ciencia, sino desesperada de la ciencia misma. Pasaron

ya

ya los tiempos en que se cantaba al descubrimiento de la imprenta y á la introducción de la vacuna en América, y está de moda renegar del humano progreso y de su influencia. ¿Cómo, pues, atribuir á la evolución científica esta algarada anticientífica?

Y no salga usted con el registro de que aquí reinan también, como en Europa, esa desconfianza en lo antiguo, esa falta de fé en la democracia, en la institución republicana y en la obra de la civilización, y que los modernistas son farautes y apóstoles de ese estado de ánimo, porque se lo negaré rotundamente y conmigo el mundo todo.

Si por algo nos hemos distinguido siempre los mexicanos, es por un panglosismo exagerado y á prueba de fracasos.

No me juzgue vd. tan ignorante y mal mirado que llegara hasta querer que nuestros jóvenes aedas prescindieran de conocer é imitar á los extranjeros, pues daría muestras de no acatar la "ley de las dependencias mutuas" si acaso cometiera tal despropósito. Francia, eso es sabido, á partir de la época de Luis XIV, es la gran maestra de la cultura, de manera que no solamente nuestras cafrerías democráticas, que diría Bulnes, sino aun los más eminentes imperios del mundo, han recibido de ella luces y civilización, vida é ideas. Pero de esto á suponer que debemos aceptar sin examen todo lo francés

4

só-

sólo por serlo y sin procurar asimilárnoslo, digerirlo, hacerlo propio, se me figura que hay una distancia inmensa.

Nadie más afrancesado que los doceañistas españoles, y sin embargo, nadie ha llamado ni llamará plagiarios á Quintana, á Martínez de la Rosa, á Gallego ó á Lista, porque antes que neoclásicos, que enciclopedistas ó que reformadores, eran de su país y de su tiempo.

El Duque de Rivas, romántico rabioso, entra á saco por el campo de la literatura francesa y aquí corta, allá espiga, acullá recoge, forma su propio bagaje, en que hay mucho ajeno, pero mucho, muchísimo propio.

Y no solamente busca Don Angel de Saavedra en la heredad francesa, sino que, sin respetar linderos, ni alhedaños, ocurre á los españoles mismos, como al infante Don Juan Manuel y al Romancero, á los alemanes, como Goethe, y hasta á los americanos, como Longfellow.

"Don Alvaro", su obra más hermosa y más artística, la en que se funde y sintetiza la grandeza del romanticismo español, está tomada de una leyenda de Mérimée, "Les ames du Purgatoire"; y sin embargo, aparte del pensamiento, que pudo haber sido concebido en cualquier lugar del mundo, la ejecución es genuina y netamente española. Las escenas de la venta de Hornachuelos y los recuerdos de la conquista de América, el diálogo y la

ver-

versificación, los caracteres y el desenlace son de España, y más que de España, de Andalucía.

Si se hubiera limitado á copiar á Víctor Hugo ó á Delavigne ó á Nodier, no sería el duque quien es, ni ocuparía el lugar que en la historia del arte ocupa, sino que se le recordaría apenas como un rapsodista de talento.

¿Quién más afecto que los alemanes del tiempo de la Enciclopedia á seguir el gusto y la moda franceses? Federico el Grande, el primer guerrero y estadista de su tiempo, rendía parias á Voltaire y lo miraba como un Dios, escribía alejandrinos franceses y consideraba lo que de la Galia procedía como el acabose del primor y del gusto. E imitando á la majestad prusiana, sus súbditos que alardeaban de vena poética elaboraban poemitas rígidos como los cadáveres de Fontenoy, tirados á cordel como las alamedas de Versalles, ajenos de invención y menguados de estilo como las producciones del enemigo de María Teresa.

Pero ¡oh, designios inexcrutables de la historia! el mismo rey que consideraba como la mayor de las dichas el granjearse las buenas gracias de Diderot ó de D'Alambert, emancipaba á su pueblo de la férula de los Boileau y los Racine ganando aquella batalla de Rossbach, que en opinión del ilustre y sensato Macaulay fué el grito de alarma para todos los pueblos

blos que hablaban la lengua de Arminio; y fundaba la obra de la cultura castiza alemana, á que había de dar forma después el gran Lessing.

Y otro tanto pasó en Rusia y en Italia y en todas partes; pero siempre la corriente llegó á encausarse, y adquirió carta de naturaleza el procedimiento, y el criterio artístico se depuró.

¿Por qué, pues, aquí no ha de suceder cosa igual, y por qué conservándose los poetas admiradores y discípulos de los maestros franceses, no han de lograr ser mexicanos; ó lo que es mejor; literatos que miren la vida y el alma, la naturaleza y la historia, á través de su propia individualidad, de su temperamento propio?

Cita usted á Fray Luis de León en su carta. En efecto, adoro al gran agustino, autor de los "Nombres de Cristo;" pero Fray Luis no era un servil imitador ni mucho menos un plagiarlo. Su "Vida del campo" no es una traducción ni una paráfrasis del "Beatus ille", sino la obra de un fraile español del siglo XVI que "por su mano plantado tenía un huerto" en la orilla del Tormes salmantino.

El gran poeta realizó, y es tipo de ello, lo que Víctor Hugo significó con frase gráfica: "en literatura el robo solamente es disculpable cuando va acompañado del asesinato", es decir, sólo cuando el plagio opaca y hace olvidar el original.

Si acaso hay alguno que viviendo en

es-

este medio incipiente de cultura se sienta "espíritu francés extraviado en cuerpo mexicano" su alma en su palma, con su pan se lo coma y allá se lo haya; pero que no pretenda hablar en nombre de

las nuevas generaciones  
abrevadas por tedios y decepciones  
ni se figure que tras de él  
. . . . La tropa avanza  
abrumada por duelos y nostalgias.

No, aquí la inmensa mayoría de los que podían sufrir tales horrores es gente bien hallada con la vida normal y ordinaria, y lejos de encontrarse hastiada de civilización y ahíta de adelanto, quiere que le den una y otro á manos llenas. Si acaso (lo que no es creíble) alguno de los señores que de tan empecatada manera escriben, tiene en la cabeza todas esas diabluras, será un monstruo, una "rara avis in terra, nigroque simillima cigno" y su caso semejante al de aquel sujeto de quien Pablo Bourget cuenta en la "Fisiología del amor moderno," que habiéndolo interrogado por su salud y sus andanzas, contestó que había tenido su erupcioncilla "como todo el mundo" viniéndose á saber después que la tal erupción era . . . semejante á la que hizo sudar tanto al aférez Campuzano y amputó las narices al maestro de Cándido y Cunegunda.

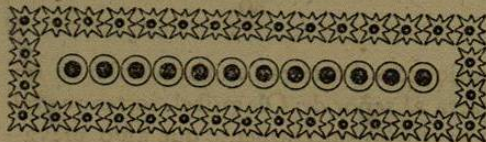
Yo no negaré que la obra decadentista en México traiga el resultado de

en-

enriquecer ó mejorar el diccionario; en mi carta al señor de Olaguibel sostengo tal cosa y creo sinceramente que algo prevalecerá de la escuela nueva, pues en arte no hay nada absolutamente estéril y vano. Pero estos imitadores serviles, á cambio de haber inventado cuatro frascitas y adaptado alguna combinacioncilla nueva á la índole del idioma, tendrán sobre sí el cargo formidable de haber condenado la literatura nacional, que ya vestía la toga pretexta, á permanecer envuelta en pañales por luengos años.

En cuanto al capítulo de moral, suscribo sin reservas cuanto usted afirma. El fin primero del arte es la belleza y todos los demás deben estar y le están subordinados, pero ni en México han proclamado tal verdad los modernistas, ni aunque la hubieran proclamado valdría la pena de hacer hincapié en ella, pues nadie los tacha de inmorales, sino de extravagantes y faltos de seso.

Creame usted su afectísimo amigo y servidor.



Guadalajara, Febrero 10 de 1898.—  
Sr. D. Amado Nervo.

México.

Amigo muy querido:



La actitud en la polémica que provoqué, con más confianza en la buena causa que defendía que en mis flacas fuerzas, no debe maravillarse á usted: creo hallarme en posesión de la verdad, juzgo á la escuela nueva apartada de ella totalmente, y por tales causas estoy pronto á reñir formal batalla contra quién, como usted, venga en son de guerra.

Pero á pesar de que, como del profeta, puede decirse de mí aquello de "manus ejus contra omnes, manus omnium contra ejus," solo disputaré contra quien esgrima armas leales y de la medida legal; nunca contra quien blanda garrote traicionero ó plebeya faca.

Usted, que con tanto donaire y gentileza se bate, tiene ganadas todas mis simpatías y es acreedor á todo mi reconocimiento; como que ha comprendido que en estas esferas de suyo serenas y plácidas,  
el

el insulto personal y la diatriba descomedida no deben de ningún modo figurar como argumentos. Porque si así obramos al tratar de cosas de arte, ¿qué dejaremos para los periódicos que á semejanza de aquel personaje de Figaro procuran comprobar sus asertos con lo de la verruga, el robo y la moza?

La carta de usted, por galana y exquisita, es digna de su pluma; pero no es igualmente digna de ella la argumentación empleada. El literato y el artista encantan; el pensador queda muy por abajo de ellos.

×

No he confundido, como usted se figura, las dos palabras decadentismo y modernismo; aunque usted y los suyos se empeñen en cantar el "de profundis" al decadentismo, éste existe virtualmente, como arte exquisito, quintesenciado, ultra-elegante y lleno de refinamientos, y comprende mejor á los matices literarios que brotan de la capital francesa, que la vaga palabra modernismo, que al fin, como todo, acabará por envejecer y resultar inaplicable á la convulsión presente. "Le nom ne fait pas á la chose", y estando usted y yo conformes en el alcance del fenómeno, nada importa que discrepemos sobre las palabras con que se ha de significar.

Y

Y la verdad es que creo más honorífico para ustedes proclamarse descendientes de Pablo Verlaine en su manera mejor, de Tailhade, Rainaud, Lorrain, Villiers de l'Isle Adam, Tristán Corbière, Stephane Mallarmé y sobre todo de Baudelaire el grande, que de la menguada grey que llamándose simbolistas, romano-franceses, instrumentistas, magníficos, veristas, psicólogos, barresistas, independientes, místicos, ibsenianos, diabolistas isianos, peladanistas, moeterlinckistas, wagnerianos, neo-griegos, prerrafaelistas y de otras mil maneras, está destinada á desaparecer como desaparecieron los Hidrópatas, los Hírustos y la Bosse, cenáculos en su tiempo famosos y de los cuales hoy no se acuerda sino algún curioso.

Y á propósito, amigo mío, dígame por su vida, ¿qué escuelas de esas flaman-tes están aquí representadas? Porque si acaso las que he mencionado y algunas otras que me callo, tienen diputados aquí, apuradillos se han de ver ustedes, que, según declaración propia, son menos que los piratas de Otranto cuando se hallaban reducidos á su expresión más simple, para desempeñar los muchos mandatos que deben acumularse en cada cabeza.

×

Siento prisa de llegar á la cuestión del simbolismo, que tanto preocupa á usted,

5

ted, y es porque creo que al fin y á la postre llegaremos á ponernos de acuerdo y á estar conformes en algo.

La obra artística por excelencia es, en opinión de usted, la que encierra un pensamiento hondo y oculto, de verdadera trascendencia é importancia. Pues esto, amigo mío, es lo que he venido proclamando desde mi primera carta al señor de Olaguíbel, donde dije á la letra, y permítame usted que me cite, "la obra que quiera perpetuarse, ó debe reflejar la manera de ser de los contemporáneos, sus ansias, sus temores, sus esperanzas, sus dudas, ó reflejar la índole de la humanidad entera con sus sentimientos, sus ensueños y sus ideales. Esto sólo es dado al genio que sintetiza, lo primero puede alcanzarlo el talento que reproduce."

Claro que el producto artístico, al hacerse más universal, más comprensivo, más humano, adquiere desusados quilates de perfección, y de particular que era de un pueblo, conviértese por arte divino en patrimonio de la especie toda; pero ese pensamiento el autor no se lo propone, no forma parte de su plan; sino que brota espontáneamente de él, es el "spiritus intus" de su obra, su condensación y su cifra.

Cita usted en su hermosísima carta al Quijote, y créame que la mención de esa epopeya de la humanidad viene de perilla para mi propósito. ¿Qué quiso pin-

pintar Cervantes en ese libro admirable? Consulte usted á Benjumea ó á Revilla ó á Castro ó á Rodríguez Pinilla ó á Valera, y uno le dirá que la lucha entre lo ideal y lo real, otro que la pugna entre el alma y el cuerpo, éste que una sátira contra la monarquía, ese que una censura contra Carlos V y sus empresas, aquel que una burla de la inquisición y el catolicismo y el de más allá que una venganza contra sus enemigos personales, y sin embargo, ahora que esas sutilezas se tratan y antes que nadie pensaba en ellas, el Quijote que, según Cervantes declaró constante y repetidamente, no es sino una invectiva contra la caballería, es y era visto como el libro más portentoso que en lenguaje humano se ha escrito. Su simbolismo sale de su tono general, de su amarga filosofía, de cuanto lo forma y constituye, no de lo que Cervantes se propuso, que está bien claro y no deja lugar á dudas.

Usted llama al "Cuervo" de Poe una obra maestra ("simbólica" por consecuencia) y yo suscribo su parecer, pero "El Cuervo" no fué escrito para admirar al mundo por trascendental y tendencioso, sino al contrario, como muestra del procedimiento más lógico y más pedestre que imaginarse pueda. Recuerde usted, si duda de mi palabra, aquella historia tan sugestiva, como dicen ahora, que el pobre Eddy escribió con el nombre de "Génesis de un poema," y en que aparece que le-



lejos de haberse propuesto opacar á Dante y á Isaías, solo tuvo la intención que hasta los más burgueses nos proponemos: escribir lo mejor posible para que nuestras obrillas alcancen la perfección que se halla en nuestra mano.

Cosa distinta acontece cuando el escritor deliberadamente envuelve su pensamiento en alegorías, lo oculta tras de símiles, lo disfrazo con lenguaje apropiado; sin que por esto pueda decirse que la tesis sea siempre trascendental ni la obra duradera.—Así los apologistas, los autores de cuentos populares en el Oriente, los grandes poetas indios y los profetas hebreos han tenido tendencia innata al símbolo y él ha constituido la base de su literatura.

Si usted cree que el símbolo existe siempre que existe un pensamiento alto y capaz de influir en los destinos humanos, la tendencia al símbolo no es, en efecto, característica de pueblo ninguno; pero si símbolo se llama lo que creo debe considerarse con tal nombre, sólo de ciertos grupos humanos es propio.

Imposible seguir á usted en su brillante enumeración; pero sí procuraré contestarle respecto de algunos cuantos nombres en que usted hace mayor hincapié.

Desde luego sostengo á usted que el hecho de que alguno ó algunos autores se separen de la regla general, no quiere decir que ésta sea falsa ó capaz de destruirse.

Así,

Así, pues, sin que la ley de adaptación al medio deje de prevalecer, Poe ó Goethe ó d'Annunzio pudieron escribir todas ó algunas de sus obras apartándose por sutil manera del ambiente que les rodeaba.

Pero es tal mi fe en la certeza del axioma que preside la vida y la historia, que encuentro que aun esos mismos rebeldes á su medio recibieron de él vida é influencia.

Poe, "el caso literario absoluto," las sufrió como cualquiera otro. Hijo de un alcohólico reconocido y de una cómica tísica, lleno de lujo y de mimos en su infancia, exento de dirección en su juventud y abrumado de decepciones y pobreza sin cuento en su edad madura, tuvo que ser fatalmente lo que fué: un dipsómano que transportaba al papel sus desarrregladas imaginaciones, un exquisito que buscaba sensaciones raras, y un espíritu dolorido que á manera del otro poeta su coetáneo, pudo decir que las tristezas eran su goce y las penas su dulzura.—Pero ni aun del medio literario se sustrajo el gran autor de Ligeia, porque fué imitador de Hoffman, de quien alguna vez, según afirman sus biógrafos, dió como suyas historias traducidas, de Coleridge, cuya era la "Balada del viejo marino" que Poe admiraba sin medida, y de Byron á quien imitaba hasta en su persona y en sus actitudes.

D'Annunzio, según lo ha declarado públicamente, es el reivindicador del espíritu-

ritu de la antigua Italia. Lea usted si no "Las Vírgenes de las rocas" y verá cómo cada uno de los grandilocuentes capítulos está inspirado en textos de Leonardo de Vinci. Lea sobre todo aquellas admirables tiradas del príncipe Luzio, y verá si pudo haberlas escrito alguien que no fuera un italiano de corazón y de sangre.

¿Y el Fausto, pregunta usted? Pues el Fausto es producto neto del país alemán. Como usted sabe, antes que Goethe habían escrito la misma leyenda muchos autores—Marlowe entre ellos, si mi memoria no me es infiel—los principales episodios de la historia estaban pintados en tabernas y posadas; y lo que es más convincente, todos los críticos convienen en que el Doctor alquimista, desesperado y escéptico, la poética Gretchen y el diablo burlón, familiar y buen chico, son alemanes y exclusivamente alemanes.

×

Claro que los modernistas no son poetas autóctonos ni aborígenes; pero cursería por cursería y afectación por afectación, prefiero la de los que cantan el zempoaxochítl y asaltan la tribuna patriótica á la de los que vienen entreteniéndonos hace diez años con las penas de Manón, los placeres del barrio latino, los horrores del "Chat noir," los neurosismos y las picardías de las poseídas y todo lo demás que

us-

usted hallará en los campeones de la escuela nueva ó en los que tras sus huellas van.

Pero ante ese desdén con que los reformadores miran á la gente y las cosas del país, se me ocurre aquello que la duquesa decía á Sancho Panza: "pues Don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce y con todo eso le sirve y le sigue y va atendido á las vanas promesas suyas, sin duda debe ser él más tonto y más loco que su amo."

O lo que lo es mismo: si los literatos modernistas buscan el aplauso de la gente para ellos y el éxito para sus obras, y sin embargo, miran con desdén el medio en que viven y las cosas que les son familiares, deben ser más faltos de seso que el público á quien se dirigen, el cual, no conociendo el alcance y primor de lo que se le da, se halla disculpado con su ignorancia; pero no así los tales escritores, que estando al cabo de la verdad se empeñan en hacer gozar de las combinaciones de una cocina sabia á paladares acostumbrados á comidas villanescas y potajes populares.

Afirma usted, amigo mío, que los modernistas mexicanos no han tomado de los franceses sino lo meramente material, el procedimiento; y ó yo no veo á través de tela de cedazo ó tal cosa dista mucho de ser verdad.

El

El modernismo, en sus infinitas ramificaciones y matices, no es una retórica como el romanticismo, que conservando el fondo del ideal artístico antiguo vino á substituir el agora ó el foro por el torreón feudal ó la selva druidica, á Mavorte, á Belona y á Jove por Odín y el Gran Espíritu; tampoco es un método de investigación como el realismo, que teniendo por objeto la reproducción de la verdad á través de un temperamento, admite lo mismo las delicadezas de Dickens que las brutalidades de Zola, las tristezas de las tremendas "Hermanas Vataré" que las ternuras idílicas de la familia Joyeuse; tampoco, en fin, es como el parnasianismo, arte frío y aristocrático que se emplea en fabricar "copas de rica y admirable hechura llenas de líquido insípido;" no, el modernismo, aparte del procedimiento que quizás cupiera en nuestros hábitos y manera de ser si se le adaptara á ellos hábilmente, tiene un fondo psíquico de amargura, de desencanto, de hastío, de la vida que no cuadran con el estado actual de los espíritus.

En Europa, las comodidades domésticas y urbanas, la baratura y la abundancia de los goces, el choque y contradicción de las teorías, el número inaudito de libros, de ferrocarriles y de líneas telegráficas, el fastidio de todo lo que se ha probado y el afán de catar algo nuevo han traído el "surmenage," la dege-

neración, el neurosismo, los innumerables matices de histeria y la multitud de formas de locura, entre las cuales merecen especial mención las literarias y musicales. Aquí, donde nadie llega naturalmente á esos estados mórbidos, en que todo es primitivo, tradicional, inconsciente, no hay razón para figurarse que la civilización nos tenga hartos y "surmenés."

Hay, pues, en el modernismo, algo más que procedimiento, y ese algo es el que creo no puede ser falsificado ni arreglado á la escena nuestra.

×

Mucho me he extendido en esta respuesta y por tal causa no puedo darle á conocer ahora algunas opiniones que abonan mi parecer de entre lo más granadito de Europa y América; pero vale Dios que usted cree como yo que "Monsieur tout le monde" tiene más talento que el mismo Mr. de Voltaire y que de nada sirve "jurare in verba magistrí" cuando se tiene razón cumplida en cuanto se asegura.

A reserva, pues, de esgrimir algunas de esas armas, entre las que hay desde pesados montantes que rompen los huesos hasta puñalitos damasquinos que sutilmente taladran las entrañas, me repito su amigo que de veras lo quiere.

—♦—